

S U P L E M E N T O L I T E R A R I O

Sonetos del mal tiempo y otros poemas

SONETO DE SEPTIEMBRE

Dicen que es Primavera, y no me importa.
Una ebriedad de cielo claro y bueno,
como si fuera en su delirio pleno
el sueño largo, la tristeza corta.

Dicen que es el Amor, y no me importa.
A ratos, de relámpagos y trueno,
otras, inverosímil de sereno,
toda distancia su distancia acorta.

Estoy en medio de la luz del día;
me dicen que es la Vida, y no me importa:
no le conozco el rostro al mediodía.

Quiero la noche, siempre; la que aporta
sus vestiduras de melancolía.
Me dicen que es la Muerte. Y no me importa.

JUEGO

Amor, ni me eres fiel ni yo he de serlo.
Juega tu juego libremente, afina
la puntería de tu flecha, inclina
el corazón herido para verlo . . .

Por cada blanco errado, a devolverlo:
dardo por dardo contaré —mezquina—
para saber cuál de ellos te conmina
a dar el corazón y retenerlo.

Y no me pidas más de lo que entrega
tu reticente salto equilibrista:
cuando caiga la venda que te ciega,

cuando en hallarme tu pasión insista,
descubrirás que en el amor se juega
un ágil truco de malabarista.

LLAMAMIENTO

Está el amor enfrente. Está golpeando
con puño de cristal, frágil y aleve,
está pidiendo que alguien se lo lleve,
al fin su cautiverio desatando.

Yo digo no. Acaso voy nombrando
su nombre eterno con palabra breve,
y duele el ala de la herida leve,
pues aunque digo no, lo estoy llamando.

Viene a mi boca el renovado agravio;
cuando voy a decirlo, está delante
del corazón lo que se calla el labio,

y enmudece mi voz, sueño adelante.
—¿Quién dijo al sueño que el callar es sabio?—
No sabe de perdones el infante.

ANIVERSARIO

Termina el día que no trajo nada.
Ni una seña en el aire que dijera
de la memoria de un amor cualquiera,
ni una mano en el tiempo levantada.

Algo aguardaba yo de esta jornada,
algo que nunca más se repitiera.
Quédame ahora sólo la frontera
del día exiguo que no trajo nada.

Día de otoño cándido y liviano,
con pena que no es pena, que es fatiga
por este corazón como un vilano

a todo viento dando su cantiga,
y un dolor sin dolor, que es tan lejano,
y una pena sin pena, casi amiga.

PIRUETA

Amor equilibrista, compañero
de mis vigilias sin ningún sentido,
aire de trasnochado y mal vestido,
y de ti mismo el agrio carcelero:

perdona el verso juguetón y huero
—no te pido perdones si te he herido,
pues sólo tengo lo que tú has traído—,
mas no quiero decir lo que no quiero.

Y te disfrazo con mi luz secreta,
te vuelvo intrascendente y casi nada;
págame el drama sólo una pirueta,

moneda de oro con la efigie usada.
Y no reclamo más que la obsoleta
palidez de una luna almidonada.

LIBRO

Amor es como un libro: es la portada
rótulo en letras de oro, que vocea
un nombre que no dice a quien lo lea
nada de esa pasión encuadernada.

Muchas hojas en blanco, mucha nada;
de lomo adentro, todo lo que sea
una tristeza dulcemente fea
y un silencio de página cerrada.

Quiere hallar el amor algo que asombre,
raro infolio de autor desconocido;
sin pensar que el autor no es más que un hombre,

cambia de autor, mas con igual sentido:
un índice que tiene sólo un nombre,
y un *ex-libris* al fin que reza: olvido.

AMOR PEQUEÑO

Vaso a medio colmar, amor pequeño,
trasiego de la noche, vino oscuro:
de un sorbo triste su tristeza apuro,
de su falsa embriaguez al fin me adueño.

Un solo mal. Un solo llanto. Un dueño
de aquel jazmín impersonal y puro.
Ni llanto ni jazmín ni mal auguro,
tragicomedia del amor risueño.

Si doy en preguntar —no sé cómo era—
nadie me da razón del acertijo.
Me halló de frente y se cambió de acera,

inútilmente, pues yo nada exijo.
Y oculto en mi bolsillo una quimera
y un capital de sueño a plazo fijo.

CREENCIA

¿De qué recuerdo he de valerme cuando
al fin mi juventud sea un recuerdo?
Sé que no ha de volver lo que ahora pierdo,
ni me darán lo que ahora estoy buscando.

Este es mi hoy, mas vivo regresando,
y estoy en el perpetuo desacuerdo
del loco corazón y el amor cuerdo,
echados al camino que deseando.

Los cuatro rumbos a mi sangre pido:
sur del deseo, norte de la pena,
este del llanto, oeste del olvido;

por talismán un trozo de cadena,
por patria el cautiverio preferido.
Y, acaso, creerme que la vida es buena.

EPISODIO

Cambio el amor por una baratija,
le hago un guiño a la luna, digo *nunca*,
y le perdono la cornada trunca,
y no me importa más su luz prolija.

No quiero nada, nunca más, que aflija,
ni una pasión que se me quede trunca.
Torno a decir que nunca, nunca, nunca,
y no vuelvo a entreabrir ni una rendija.

Porque mi herida es toda mi victoria,
porque no guardo ni ternura ni odio,
porque llevé tu nombre en la memoria,

y hoy que te olvidó hasta un adiós salmodio.
Porque es la vida verdadera historia
y el amor nada más que un episodio.

PALABRA INÚTIL

¿A qué distancia del amor me muevo,
si me invade de nuevo esta ternura
que la sal de la lágrima inaugura
en otro llanto que entre el pecho llevo?

Amor, ¿por qué te vivo y sobrellevo,
torva pasión con la pasión más pura,
blanda caricia bajo mano dura,
y el sí y el no donde la sed renuevo?

Mírame descubriendo otra mirada,
buscando en la palabra repetida
una oculta palabra inusitada:

ruego, esperanza, adiós, sueño o herida.
Esas palabras que no dicen nada.
Esas palabras que ya son mi vida.

AYER

Digo *te quise*, nunca más *te quiero*;
hoy eres el ayer que ya no importa,
que amor eterno es la pasión más corta,
y el olvido, su nombre verdadero.

Vida de cada día, mentidero
de bien y mal donde la sangre acorta
el largo de ala y la memoria absorta,
beso fugaz y encono duradero.

Estoy pensando en ti. En la dulzura
suave de otoño que me diste un día,
único cielo y única ventura,

y en seguida el adiós y la elegía,
y acaso el *nunca más* de la ternura.
Mas esa hora sigue siendo mía.

RECUERDO

Si no era el amor, lo parecía.
Traía gesto ausente, paso leve,
una rosa de agosto nueva y breve
y el vaticinio de la alegoría.

Si era el amor, no era de alegría.
Algo como ha de ser besar la nieve,
algo como un abrazo cuando llueve,
como un hermano de melancolía.

Amor, ¿fuiste o no fuiste en mi destino,
viniste a mí o no viniste, acaso?
Todo, ¿qué fue? Naufragios del camino,

dicha fugaz, llanto de otoño, ocaso,
. . . todo bebí como se bebe un vino,
todo cabía dentro de mi vaso.

DÁDIVA

Tendré, si vuelves, para darte, acaso
ese jirón de cielo; me parece
que sí, te lo daré: me pertenece;
también —que es mío— te daré mi abrazo;

un verso exiguo que hable de fracaso,
del drama repetido en que perece
siempre el amor eterno; y si no crece,
el menguante con cara de payaso;

aquel mar con su noche, sí. Y alguna
de todas estas cosas que enumero
como jugando, como si en ninguna

arriesgase mi bien precedero,
te dirán que era toda mi fortuna
un puñado de polvo verdadero.

SONETO PARA TU SUEÑO

En tu mano mi mano: así te digo
con qué nombre bautizo mi quimera.
¡Qué importa que no sea verdadera,
si la verdad es caminar contigo!

Porque el amor es soledad, castigo,
remordimiento de la primavera,
llanto cautivo y dominada fiera,
llevo la pena del amor conmigo.

De todo bien y todo mal le acuso,
por todo mal y todo bien le quiero.
De acierto y desacierto igual le excuso,

y el daño triste del amor prefiero.
Róbate un beso de mi tiempo iluso
para alumbrar tu sueño, pasajero.

SONETO PARA TU TERNURA

Vivo detrás de su ternura, quiero
agamuzar el aire que atraviesa,
y ser la eternidad en donde empieza
a existir en mi tiempo verdadero.

Conmigo irá por sueño y por sendero
—¿existió alguna vez otra promesa
que ésta, la de él, de la sonrisa ilesa?—
hasta la hora del final lindero.

No lo tengo, y es mío. Pero ampara
dentro del corazón como un escudo
el hombre suave que hasta mí llegara

—nunca en hora mejor llegarme pudo—.
Mas si mi amor le pesa, siempre hallara
fácil de atar y desatar el nudo.

Otros poemas

EL RECUERDO

Amor del otro lado de las cosas,
amor que pudo ser sobre la tierra
de nuevo el paraíso, la memoria
de una rosa perdida que regresa.

Estás detrás del aire: si yo muevo
la mano puedo acariciar tu rostro,
y viene a mí alucinado y tierno
un cielo que desciende por mi hombro.

¡Cifra cerrada de mi solo sueño,
definitiva lumbre enamorada
que incendia el bosque de la antigua sangre:
alondra matinal que dice "es tarde",
sediento ocaso que susurra "aguarda",
agua clara de Dios que serpentea
con su frescor selvático en la carne!
Relampaguea en mi pasión tu beso,
mientras la lluvia azota los tejados,
y es verano,
y pienso que estás lejos
bajo mi lenta noche americana.

EL VIAJE VERDADERO

Sobre este mar me marcharé a buscarte.
Iré costeando nuestra orilla atlántica,
dirá el norte mi aguja navegante,
me cruzaré con otros argonautas
y les preguntaré: —¿Quién vive, amigos?
Entre el mar y el amor, ¿a qué distancia
debo arrojar, cuando al fin llegue, el ancla?
Y sin oírles, seguirá su andanza
bajo la Cruz del Sur mi sueño intacto.

Para breve esperanza, viaje largo.
Una sirena, en la mitad, me canta.
No es la noche ni el alba todavía.
Y yo la escucho sin oír, y el agua
en torno de la proa arremolina
la espuma joven de la antigua gracia.
Singla la nave en rutas de acechanza,
y la criatura del peligro pulsa
el arpa delirante del naufragio.

Sé que me salva un coro de hipocampos,
una guardia callada de delfines,
fieles bestias del mar, agradecidas,
que buscan ramos de algas y corales,
despiertan caracolas rumorosas,
forman diademas con estrellas ciegas,
¡mi cónclave de leales submarinos,
para flanquear el paso a la muchacha
que siempre halló en su oleaje, el compañero
de la tremenda sombra y de la herida!

El mascarón de proa me señala,
con el índice en alto, los luceros.
Está el amor temblando entre las jarcias,
y todo el barco suena en los cordajes

con invisibles músicas marinas,
 embanderado con un solo nombre,
 un solo nombre que es, Amor, el tuyo . . .

Apoyado mi rostro sobre el viento,
 la rosa sideral marca la tierra.
 Estoy de pie en la nueva geografía,
 toca mi sangre iluminado puerto.
 Sólo puedo decirte: —Esta es mi vida.
 Este, mi corazón. Te los entrego.

Si dices no, la nave fatigada
 hacia la Muerte emprenderá el regreso.

CANTO AL AMOR

Canto al amor, su oscura maravilla,
 el cuerpo dócil de la gracia, el duro,
 despiadado además de la vigilia,
 y la ternura de la diaria entrega
 al insaciable oficio de la carne.

Amor de desatadas fronteras,
 llama de pie, arrebolada hazaña:
 instaura en la verdad su geografía
 de isla remota —abrazo hospitalario—
 y una paloma sin pasado vuelve
 a besarme los labios de la herida.

Tacto de los delirios, claro río,
 pánico del incendio donde empina
 el dios secreto aljaba involuntaria:
 canto el amor perenne, alucinado,
 su dardo de oro, el escondido fuego
 que mueve las mareas de la sangre.

Canto el amor y su inmortal navío,
su arboladura de éxtasis y miedos,
el amor sin naufragio y sin orillas,
de tritón y sirenas compañero.

Vertical de mi sueño, sueño vivo,
bosque del beso y la razón del bosque:
la dríada salvaje en la espesura
inicia en rebelión y desafío
la libertad de sonreír desnuda.

Relámpago y torrente, en la morada
tibia del pecho donde se recuesta
la sagrada cabeza; hilo de agua
dando a la sed exigua sorbo eterno.
Canto el amor incorporado en ascuas
y curvo como el cielo en la caricia.

Amor, amor, amor, amor, te entrego
de cuanto soy la intacta primavera;
de cuanto tengo, el incendiado y nuevo
delirio que en la sien relampaguea.

Cubre mi luz la orla del misterio,
y el mar sellado de la doble herida
para doblarse al cuerpo del deseo
rompe su clausurada geometría.

Amor, amor, amor, mi dios antiguo,
mi despiadado dios adolescente:
¡qué además de tu cólera me trajo
la desmedida lumbre, jazmín breve
de prisa ardiente y pétalo mordido,
ya nada más que aroma del recuerdo
su extinguida blancura!

Amor, la rosa de los vientos dice
el signo de tu abrazo. Cuatro puntos
clavan en lejanías tu bandera.

Alzas tu tienda en la mitad del tiempo
 y los maduros frutos se te ofrecen.
 Amor custodio, el del grillete tierno,
 amor de sumisión y de mandato,
 ángel de esclavizada tiranía:
 su aliento vivo marcha a mi costado,
 infatigable marcha a mi costado
 el lebrel de la Vida!

CARTA CONFIDENCIAL A ARTURO TORRES-RIOSECO

Torres-Rioseco, noble amigo, un cielo
 que tú conoces, mas que no es el tuyo,
 me da la dimensión de mi desvelo,
 de todo cuanto en mí busco y rehuyo,
 y de cada imposible y cada anhelo,
 de todo eso que ignoro y lo que intuyo:
 el contraluz de bien y mal en donde
 la sangre joven su pleamar esconde.

Fui adolescente sin saber qué era
 tener el universo entre la mano,
 y al universo convertí en quimera,
 y preferí el otoño y no el verano;
 y anduve así, ya triste y verdadera,
 en fuego y sombra, dialogando en vano
 con el murmurio de la oculta fuente
 que me golpea el hueso de la frente.

Amigo mío, desencuentros hube
 desde la iniciación de la sonrisa.
 Fui espectadora, y aun a ratos tuve
 un papel protagónico en la brisa;
 mas, tal la brisa, yo jamás retuve
 el beso breve que marchó de prisa.
 Siempre el mismo reloj marcó a deshora
 el mismo ensueño con distinta hora.

De tal modo sumisa y agresiva,
de tal modo dulcísima y violenta
—contradictoria la muchacha esquivada
que la aventura renovada intenta,
porque sabe que sufre y está viva
y en su dolor la herida se alimenta—,
volví siempre los ojos hacia adentro,
y allí razón de vida y muerte encuentro.

Allí el tumulto de la ola, el arco
del brazo que señala los luceros,
allí la proa intemporal del barco,
y todos mis fantasmas marineros,
allí el navío donde no me embarco,
allí los nombres de mis pasajeros . . .
Allí el cándido símbolo del viaje,
nave y poema sobre el mismo oleaje.

Historia, amigo mío, sin historia:
itinerario de una pena, acaso,
que llevo desde siempre en la memoria,
con la melancolía de un fracaso,
siguiendo la obstinada trayectoria
que va del corazón hasta el ocaso.
Melancolía cuando cae la tarde.
Melancolía que me dice: es tarde.

Estoy hundida al fin en la corriente
del río eterno. Mi talismán de agua
roza la sien antigua e inocente
donde el recuerdo sus enigmas fragua,
y acaso tornó a ser la adolescente
enamorada del amor del agua.
Soy la piedra en la orilla, detenida;
el río corre y permanezco herida.

Porque ignoré la gracia de ir sonriendo,
fui hasta el abismo y me volví. Detuve
mi paso al borde del temor, huyendo
de la caída. Por mi mal, sostuve
alas de arcángel sobre el pecho ardiendo,
y allí donde hubo algún sollozo, estuve.
Hoy te lo digo como sé: en un canto
sencillo y verdadero como el llanto.

A ti, Torres-Rioseco, te adelanto
este recuento, un tramo de mi vida,
mi deambular por entre sueño y canto,
y mis regresos con la nueva herida,
culpándome de amor por tanto y tanto,
quieta en la rada, nave sin partida,
igual que la pasión sin el deseo,
fuego sin llama y mar sin Odiseo.

¿Qué más puedo decirte? Te confío
que al fin estoy amando el cotidiano
tropiezo donde muere mi albedrío
y, como Solveig, mi aguardar en vano,
pero sabiendo que no hay nada mío.
Guarda el secreto, amigo tan lejano
y tan aproximado a mi tristeza:
yo sé que en mí la Soledad empieza.

DORA ISELLA RUSSELL

Montevideo, 1955.